

¿DE QUÉ HABLAMOS CUANDO HABLAMOS DE CULTURA?

Alejandro Llano (Universidad de Navarra)

La cultura se dice de muchas maneras. Es una de esas palabras que sirven de comodín y que utilizamos para designar realidades muy diversas entre sí. Decimos por ejemplo que en Francia hay una gran cultura de quesos, que Menéndez Pidal fue un hombre de extraordinaria cultura, que la cultura corporativa de una empresa industrial se basa en la calidad de su producción, que la cultura Maya desapareció completamente por motivos desconocidos, que Juan Pablo II insistía en que la Fe ha de hacerse cultura, o –en fin- que la comunidad autónoma de Castilla-La Mancha invierte poco en cultura. A la vista de tan abigarrado panorama, cabe preguntarse: ¿Hay algún significado clave que nos pueda guiar a través de esta intrincada selva, entre los significados de una palabra tan normal y aparentemente inofensiva como es el término “cultura”? En último análisis, ¿de qué hablamos cuando hablamos de cultura?

Un buen método para aclararse en este tipo de rompecabezas conceptuales y lingüísticos es tratar de buscar algún factor común que se encuentre en todos los posibles sentidos sometidos a examen y sin el cual no quepa dar cuenta cabal de ninguno de ellos. Si hiciéramos algo parecido con nuestro tema –cosa que ahora no es posible realizar en detalle- estoy convencido de que llegaríamos al convencimiento de que la cultura tiene que ver siempre con *la perfección humana de la persona*. Lo cual implica, a su vez, que la mujer y el hombre son sujetos capaces de perfección: es más, que ante ellos se presenta ineludiblemente una *tarea*, consistente en lograrse a sí mismos, pero no sólo ni principalmente en aspectos aislados y adjetivos de su existencia, sino sobre todo en aquello que más radicalmente son, a saber, en cuanto

personas. La cultura es un avance del hombre hacia sí mismo: un crecimiento de lo humano en el hombre.

Pero, al seguir este camino, vamos de sorpresa en sorpresa, porque lo que acabamos de decir supone que la condición humana es tal que permite ser realizada cada vez con mayor plenitud, pero que este empeño de autorrealización puede también quedarse a medio camino e incluso fracasar. Resulta, por tanto, que cada uno de nosotros, considerados individualmente o también como integrados en comunidades o grupos, tiene ante sí el cometido de llegar a ser *culto*; mas corre siempre también el riesgo de fallar en el intento y convertirse en un personaje *inculto*, carente de esa calidad interna, de ese espesor existencial al que llamamos cultura. Recordemos lo que decía Juan Luis Vives: “La persona debe esforzarse en cultivar y adornar el espíritu con conocimientos, ciencia y ejercicio de las virtudes; de otra manera el hombre no es hombre sino animal”.

Llegados a este punto, puede ayudarnos el recurso al origen de la palabra que traemos entre manos. Parece ser que el término “cultura” procede de una metáfora agrícola. La tierra puede ser *cultivada* o permanecer *inculta*. Cultura es, entonces, cuidado, cultivo del espíritu, que constituye la dimensión más radicalmente humana del hombre. No es extraño que la aplicación más elevada, y quizá la más usual del vocablo *culto* se refiera precisamente a la veneración a Dios y, en general, a lo divino. Es significativo que en algunos idiomas –como es el caso del alemán- estén etimológicamente emparentados los vocablos que designan el arte, el culto y la cultura (*Kunst, Kult, Kultur*).

La conexión de estos tres campos semánticos aparece con frecuencia en la Biblia a través de la parábola de la viña. El hombre sabio es aquél que prepara adecuadamente la tierra, planta en ella las vides, las poda y ara su entorno, para recoger –al tiempo de la vendimia- la gozosa cosecha de la que obtendrá un vino que alegra el alma y acompaña la celebración de las fiestas. El

insensato, por el contrario, es un perezoso que no cuida su viña, en la que no tardan en aparecer zarzas y abrojos, al tiempo que se ve saqueada por raposas y ladrones que terminan por asolarla, sin que pueda obtener de ella provecho alguno. Pero la clave de la alegoría es que la viña somos nosotros mismos, llamados por Dios a dar fruto en la propia vida, a través del desarrollo sabio –artesanal, artístico- de las potencialidades que Él mismo nos ha otorgado.

Y es que la vida humana ha de ser entendida como una *tarea*. El hombre es una fatigosa labor para el propio hombre, que ha de cuidar de sí mismo, de aquéllos que le rodean y del mundo que habita. Cuidado que no se realiza de manera innata o instintiva, como es el caso de los animales, sino que sólo se puede alcanzar al hilo de un continuo aprendizaje, de una constante rectificación de los errores que se van detectando y de una apremiante anticipación de las vicisitudes con las que puede encontrarse en el futuro.

La mujer y el hombre son seres que están continuamente en vilo. En ellos se imbrican –como dice el Concilio Vaticano II- una vocación sublime y una profunda miseria. Llamados a lo más alto, transcurren su existencia al filo del riesgo de perderse a sí mismos y de la incertidumbre de no llegar a ganarse. Como decía Ortega y Gasset, “la vida nos la han dado, pero no nos la han dado hecha”. Y el filósofo español lo explica más largamente en un texto que merece la pena releer: “La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y pérdida. Trabaja por encontrar en la selva ‘vías’, ‘caminos’; es decir: ideas claras y firmes sobre el universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo. El conjunto, el sistema de ellas, es la cultura en el sentido verdadero de la palabra. Todo lo contrario pues que [mero] ornamento. Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento”.

Esto nos lleva a entender a la persona humana de una manera dinámica, como un “espíritu en el tiempo”, según la expresión de Leonardo Polo. El hombre –dice también el maestro Polo- es el *perfeccionador perfeccionable*. Se perfecciona perfeccionando. No hay que entender el esfuerzo de la autorrealización como si consistiera en labrar primorosamente el pedestal de la propia cultura, en conseguir el adorno y el ornato, en llevar a la práctica nuestros caprichos u ocurrencias, en conseguir ser objeto de admiración o, al menos, de atención por parte de los demás. Todo mediano conocedor de la naturaleza humana sabe que la manera más rápida y directa para fracasar en la vida es ocuparse demasiado de uno mismo, considerarse a sí propio como alguien especial, llamado a comportarse originalmente. Y no deja de ser lamentable que esta ansia por ahondar en el vacío haya pasado a designar a toda una oleada de jóvenes personalidades, que han merecido el nombre de la “generación del yo”, la *me generation*.

La tarea que la persona humana está llamada a acometer consiste en la realización de bienes y fines que le superen, que le interesen a ella, precisamente porque no sólo a ella le incumben. Y son precisamente en esos logros donde cada uno se acercará a conseguir la *autenticidad* que persigue, según Charles Taylor ha puesto de relieve. La mejor sabiduría occidental ha rechazado el ensimismamiento como principal perspectiva de la existencia humana, al poner de relieve que el hombre es en cierto modo todas las cosas, que es un ser llamado a convenir con la realidad misma, capaz del universo, capaz de Dios. Éste es, nada menos, nuestro honor y nuestra carga: *honor et onus*.

De ahí que no sea extraño ese amplio angular de significados propio de la palabra “cultura”, de cuya consideración partíamos en nuestras reflexiones. Porque, de alguna manera, todo es objeto de cultura: *todo es cultura*. Mas no se trata de una miscelánea, de una feria de vanidades, como hoy día tiende a

pensarse, precisamente por haber perdido la radicación antropológica de eso que llamamos “cultura”. Si todo resulta ocasión para el propio cultivo, es precisamente porque nuestro centro de gravedad está fuera de nosotros mismos, porque no somos seres autorreferenciales sino proyectivos.

He de confesar que me resulta divertida esa expresión, tan frecuente en círculos políticos y empresariales, según la cual se dice de alguna persona que “tiene la cabeza muy bien amueblada”. Me imagino al pobre señor (o señora) andando dificultosamente por dentro de su propia mente, salvando continuamente los obstáculos que interrumpen su paso, y que resultan ser espléndidos objetos de uso y decoración que ha ido eligiendo con exquisito gusto y disponiendo con gran sentido del espacio. Me gusta la metáfora, porque revela la raíz de todos nuestros errores acerca de la cultura. Raíz que no es otra que la *cosificación*. Tendemos a creer que la cultura consiste en “cosas”: en cuadros, esculturas, exposiciones, museos, pasarelas, cuerpos, películas, subvenciones de bancos y comunidades autónomas, ministerios, canciones, consejerías, fundaciones, chiringuitos, premios y demás curiosidades o zarandajas. Y si la cultura no está hecha de cosas, es justamente porque su radicación –la mente y el corazón del hombre- no es cosa alguna, como tampoco lo son su pensamiento, su amor, sus sentimientos o su gozo ante la belleza.

El hombre no es una realidad bruta o mostrenca, no es la decantación de un pasado, como piensan todos los materialistas. No es un suceso cumplido. La persona humana se sitúa en la vertiente de la futurición. Es, sobre todo, el proyecto de sí misma. Cualquiera puede advertir que, al menos en sus mejores momentos, está más volcado hacia el futuro que inquieto por el presente o escorado hacia lo que ya pasó. Y la cultura misma consiste sobre todo en un proyecto, porque es el modo como imaginamos que la ulterior realización de nuestra vida resulte sugestiva y fecunda. La fecundidad de la cultura sólo se

aprecia por lo común al cabo de un largo tiempo, por parte precisamente de personas que guardan una cierta familiaridad con aquellos discursos o hazañas que dieron un vuelco a la historia de la humanidad.

Por mi parte, desde luego, no me imagino el futuro como un lugar en el que esté rodeado de objetos, “complementos” o “accesorios”. No tengo mentalidad de coleccionista y me agobian los espacios superdecorados, en los que campea el horror al vacío. En ese aspecto me declaro minimalista. Lo que me interesa es qué va a ser de este mundo nuestro y cómo puedo yo cooperar con otros en su configuración, de manera que logremos –entre muchos- dar lo mejor de nosotros mismos e intensificar nuestra vida, hasta rozar con la punta de los dedos la grandeza a la que Dios nos ha llamado. La cultura estriba en el conjunto armónico de conocimientos, virtudes, técnicas y articulaciones imaginativas que darán cauce a tales aspiraciones. De suerte que aúna en sí misma la tradición y el progreso. Como escribe Antoine de Saint-Exupery, “una civilización es una heredad de creencias, de costumbres y de conocimientos, adquiridos lentamente en el transcurso de los siglos, a veces difíciles de justificar por lógica, pero que se justifican por sí mismos, como caminos que conducen a alguna parte, puesto que abren al hombre su extensión interior”.

La cultura como proyecto es siempre mía, es decir, nuestra. Justo porque se trata de la proyección de lo humano en el mundo: la plasmación del espíritu en la realidad objetiva, la inteligencia que se amasa con la naturaleza. Los hábitos intelectuales y morales –es decir, las virtudes cognoscitivas y éticas- se hacen cultura porque no constituyen una realidad intimista, sino potenciaciones estables de la actividad personal en las relaciones de cada uno con sus semejantes y con el entorno social o natural. De ahí que la expresión “educación personalizada” sea en sí misma una redundancia, aunque su redescubrimiento constituya un valioso hallazgo pedagógico en nuestros días.

De ahí también que las enfermedades que llevan consigo la muerte en flor de cualquier empeño cultural no sean otras que la mercantilización y la politización, en lo que tienen de masificadoras y despersonalizantes.

Claro aparece que tanto la economía como la actividad política constituyen rendimientos culturales de alto bordo y vías para la creación y difusión de la propia cultura. El riesgo viene del intento de colonización absolutista de todas las realidades humanas por parte del mercado y de las administraciones públicas. Peligro que no responde a un temor enfermizo frente a todo aquello que superara la visión municipal o parroquialista de la vida, sino que representa hoy día una amenaza apremiante.

Estamos entrando en una nueva galaxia histórica, a la que hemos comenzado a llamar *sociedad del conocimiento* o *sociedad de la información*, que surge precisamente de la superación efectiva –y no ideológica- de lo que Marx llamó el *fetichismo de la mercancía*, es decir, la superación de la creencia de que la economía tenía que ver primordialmente con cosas y no con personas. Ahora ya sabemos que la riqueza de los pueblos no surge primordialmente de la posesión de materias primas, de su extracción, transformación y transporte. La riqueza de los pueblos radica en su capacidad de generar nuevos conocimientos, de anticipar escenarios futuros, y de comunicar su saber a todos los demás. Vamos –o deberíamos ir- hacia una globalización de la información y del conocimiento que trascienda de una buena vez las tremendas diferencias que siguen existiendo entre unos países y otros, entre las sociedades del derroche y las sociedades de la miseria. Si alguien desea una ilustración de aquello a lo que me refiero, que contemple durante unos instantes las patéticas imágenes de los subsaharianos encerrados en autobuses, heridos y maniatados, que son conducidos por orden del Reino de Marruecos a un desierto donde no hay nada, donde muchos morirán de sed

y de hambre, mientras el gobierno europeo más directamente concernido por genocidio mira hacia otro lado.

En la presente encrucijada histórica se abren a la par las amenazas y las oportunidades. Nunca hemos tenido más recursos para hacer llegar la educación y la cultura a las personas de todo el mundo. Y, sin embargo, pasan los años y dos tercios de la humanidad permanecen en la cuneta de la historia, sin pan y sin palabra, sin agua limpia y sin escuela. Por el contrario, en las ciudades opulentas, el consumismo está vaciando las mentes de quienes ya no aspiran a lo mejor porque están saciados de mediocridades.

Lamentablemente, nuestros dos grandes cauces potenciales de cultura, Internet y la televisión, son con demasiada frecuencia canales de lo más vulgar y mazorrall que producen las factorías del entretenimiento. La metáfora televisiva del Gran Hermano que todo lo vigila, propuesta por George Orwell en su novela profética, *1984*, se ha cumplido a la letra. Y la fantástica Red electrónica, que ha revolucionado el mundo de la investigación humanística y científica, arroja cada día al mercado toneladas de pornografía. La corrupción de lo mejor es lo peor.

No es *políticamente correcto* formular este tipo de quejas, que suelen recibir la acusación descalificadora de “pesimismo”. Como si la virtud humana del optimismo consistiera en decir que lo malo es bueno, y no más bien en confiar que la fuerza de la verdad y del bien se imponga sobre la voluntad de poder y el instinto de placer. Estamos bajo el imperio de lo políticamente correcto, es decir, de la ortodoxia lingüística que un puñado de poderosos impone a la multitud de los que están debilitados por la gran arma del totalitarismo: el aislamiento provocado por la masificación. Tal corrección política no es sino la gramática del sometimiento. Ante ella se alzan, como siempre ha pasado, los pocos inconformistas que en el mundo han sido.

No es extraño que en las grandes narrativas futuristas del siglo XX –Bradbury, Huxley, además de Orwell- aparezca, con lucidez coincidente, la destrucción de los libros como una de las armas de las nuevas dictaduras mentales. Porque leer es una forma de pensar. Y se sabe desde hace tiempo que el pensamiento suele ser considerado por los poderosos como una “funesta manía” que pone en peligro las modas caprichosas y las costumbres impuestas. Es la tremenda fuerza de la amistad y del silencio, que vienen a ser como el alma de la cultura.

Dice Marcel Proust que la lectura es *la amistad pura y tranquila*. “La atmósfera de esta amistad pura –añade- es el silencio, más puro que la palabra. Pues solemos hablar con los demás, y en cambio nos callamos cuando estamos con nosotros mismos. Además el silencio no lleva, como la palabra, la marca de nuestros defectos, de nuestros fingimientos. El silencio es puro, es realmente una atmósfera. Entre el pensamiento del autor y el nuestro no interpone esos elementos irreductibles, refractarios al pensamiento, de nuestros diferentes egoísmos. El lenguaje mismo del libro es puro (si el libro merece este nombre), transparente merced al pensamiento del autor que le ha aligerado de todo lo accesorio hasta conseguir su imagen fiel (...). Si la afición por los libros crece con la inteligencia, prosigue Proust, sus peligros disminuyen con ella. Una mente original sabe subordinar la lectura a su actividad personal. No es para ella más que la más noble de las distracciones, la más ennoblecedora, ya que únicamente la lectura y la sabiduría proporcionan los ‘buenos modales’ de la inteligencia. La fuerza de nuestra sensibilidad y de nuestra inteligencia sólo podemos desarrollarla en nosotros mismos, en las profundidades de nuestra vida espiritual. Pero es en esa relación contractual con otras mentes que es la lectura, donde se forja la educación de los ‘modales’ de la inteligencia”.

Cultura es distinción y nobleza. Y sigue siendo cierto que “nobleza obliga”. Es la obligación inexcusable de dialogar con las mentes más luminosas que la humanidad ha generado a lo largo de su decurso histórico: me refiero, claro está, a los *clásicos*, tanto antiguos y modernos como rabiosamente actuales. La lectura de los *grandes libros* es el único camino para lograr una formación armónica y completa, imprescindible para un profesional que realmente quiera serlo, con independencia de la carrera que estudie y del trabajo que llegue a desempeñar. Porque en toda actividad profesional lo importante –insisto– no son las cosas, son las personas.

Se trata de esa educación humanística a la que los anglosajones llaman *educación liberal*. Como ha dicho uno de sus grandes valedores contemporáneos, Leo Strauss, “en la práctica, los discípulos, cualquiera que sea su grado de conocimientos, tienen acceso a los grandes maestros que no son a su vez discípulos, a los más grandes talentos, sólo a través de los libros más importantes, de las obras fundamentales. La educación liberal consistirá, entonces, en estudiar con el debido cuidado las obras fundamentales que los más grandes talentos han dejado tras de sí”.

Cuando parece que nos acercamos a una *cultura postliteraria*, y la afición a la lectura parece disminuir alarmantemente entre los jóvenes, seducidos por la inmediatez de las imágenes y la rapidez de los mensajes, es preciso difundir con toda el alma el amor a los libros. Porque los libros son el cauce ordinario y común de la vida del espíritu. En ellos se abre el cosmos de lo no inmediatamente sensible, el mundo de los conceptos o ideas, que es lo inmaterial y universal, entreverado con lo material y concreto.

Decía Pascal que todos los conflictos y desarreglos provienen de que los hombres “no saben permanecer tranquilos en su aposento”, dedicados al cultivo de su inteligencia, al estudio y la lectura de los libros que guardan la mejor herencia de la humanidad y el fermento de toda innovación y progreso.

El aposento de una persona culta es la biblioteca. Ni siquiera Mister Google puede sustituirla. Aunque parezca mentira.

Por eso, en esta mañana de otoño, yo –agradecido por esta oportunidad que amablemente me ha concedido Irabia en la celebración de su aniversario- me dirijo especialmente a vosotros, los estudiantes de este Colegio, y os invito a que descubráis esa fuente inagotable de sabiduría y de gozo que es la lectura de libros. ¡Amad los libros! ¡Fomentad en vosotros la afición a sumergiros en el pensamiento y la creatividad de los grandes maestros y escritores! ¡No dejéis que otros manipulen vuestras mentes! ¡Buscad vuestro propio camino hacia la verdad! Porque la cultura es el único equipaje vital que os permitirá pensar con libertad, que nunca os dejará en la cuneta, y en cuya proximidad siempre encontrareis un lugar a la lumbre, un sitio al que volver.

* * *